

NIEVES FRESNEDA



En el marco de las celebraciones por el XVII Aniversario del Conjunto Folklórico Nacional, se efectuó en la sede de dicho grupo, el 21 de mayo, un homenaje por su retiro de las tablas (aunque continúan activos como profesores) a la bailarina Nieves Fresneda y al músico percusionista Agustín Gutiérrez (quien fuera profesor del célebre Chano Pozo y posteriormente, de Los Papines, entre otros). Para la ocasión, Los Papines brindaron un concierto de percusión y los artistas del Conjunto Folklórico Nacional bailaron una de las escenas del Ciclo yoruba, con Nieves Fresneda interpretando el papel de "Yemayá".



El homenaje a los referidos artistas fue presidido por el Ministro de Cultura, Armando Hart, miembro del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y miembro del Consejo de Estado. También se encontraban en el acto Julio García Espinosa, Viceministro de Cultura; Marcia Leiseca, Directora de Teatro y Danza del Ministerio de Cultura y Argeliers León, Jefe del Departamento de Música de la Casa de las Américas, quien como fundador del Conjunto Folklórico Nacional hizo uso de la palabra para homenajear a Fresneda y Gutiérrez. (Fotos: Macías).





NIEVES

MIGUEL BARNET

FRESNEDA:

los pies

en la tierra

Si de Alicia Alonso se ha dicho que vuela, que es un albatros o un cisne, que asusta su ascender hacia las regiones del aire, de Nieves Fresneda se puede decir que toca la tierra para hacerla estallar en armonías insospechadas, que bucea en lo hondo de nuestras raíces, que es una raíz ella misma, una piedra de nuestra mitología, un animalillo que serpentea entre los trillos de la jocuma y el palo bobo. Su danza, en círculos concéntricos, imita las olas de nuestros océanos; el zumbido de Yemayá en aguas generadoras de la maternidad universal. Nieves Fresneda para todos los cubanos es en el baile folclórico lo que Ignacio Piñeiro o Miguel Matamoros en la trova y el cadencioso son. Nacida de la danza, su baile espontáneo es expresión de sabiduría de viejo griot y de movimiento colectivo, hijo de una plasticidad nacional que tiene sus raíces en el ilé ocha y en la rumba profana y callejera de cajón de bacalao y cuchara percutiva. Escapada de la física, esta negra bailadora toca los límites de la perfección. En el centro del agua, como imantada, su onda agita y estremece y Yemayá mueve sus faldas de siete sayas para ennoblecer la roca y el espacio. ¿Quién ignora que esta señora, entre otros misterios, posee el de la onda tornadiza? Su Yemayá Asesú, única e irreplicable, deja un raro placer que invita a la meditación y al sexo. La visión que traza, despojada de todo artificio, pura como una gota de agua, traslúcida como ella misma, encandila el ojo ignoto y anuncia epifanías. Nieves Fresneda acaba de retirarse. Decir que es un puntal de nuestro acervo danzario es un lugar común. Desde niña supo del movimiento pélvico, de los pies asustados sobre la ceniza, de la cabeza erguida y el gesto fuerte y austero, como de fiera en celo, como de huracán. Poseedora de todos los atributos yoruba: el movimiento sensual, la cadera ondulante, ella, como Malanga o como el legendario Saldiguera, entró con su bastón de mando en la fiesta de la danza cubana para quedar. Su recreación del movimiento puro esparce la síntesis de un pensamiento que algunos —pobres sietemesinos— calificaron de primitivo. Por medio de su pequeño cuerpo esta septuagenaria mujer, signo antropológico de nuestra cultura, es dueña de la unicidad, de la síntesis. Su estilo de vida está en correspondencia perfecta con su estilo de bailar. Por eso su baile es orgánico, y como la pasión, resuelve en el cuerpo, por no decir en la sangre, su propia existencia. Resultado armónico de una vocación que se ha desarrollado en toda su dimensión. Nieves, durante muchos años, bailó para sus amigos, círculo de allegados, aleyos o vecinos del barrio. La Revolución la llevó a los escenarios, en otra dimensión, ese terreno donde reina el peligro y donde se alcanza el estado de gracia. ¿Quién ha olvidado las temporadas del Conjunto Folclórico presididas por la rumba real de Lala no sabe hacer ná. genial performance coreográfico y dramático, donde Fresneda, como la Montaner o Isadora Duncan se entregaba a lo inasible

persiguiendo lo inmediato.

Recuerdo ahora aquel pensamiento de la antigua Grecia: "el que no baila ignora lo inmediato."

Cuando conocí a Nieves hace veinte años y la vi bailar me dije: el cuerpo es un lenguaje.

Decididamente en aquellas piernas, en aquella cintura, en aquellos hombros hablaba toda su cultura, hablaba su raza y la raza colectiva de nuestra nación. En aquella gestualidad estábamos percibiendo los rumores del agua, el salto de los caguayos sobre los palos del monte, las fábulas ancestrales acompañadas de dibujos de yeso en las paredes de los viejos barracones. En el rostro de Nieves se trasluce también la alegría de nuestra rumba, abierta al mundo como un canto. Su coreografía segura, tradicional, proviene de las fuentes primigenias de nuestra cultura, es espontánea y comunicante como ninguna.

Los movimientos de su cuerpo son como sus frases, cortos y precisos. Su alegría, como su danza posee el rigor de la madurez, la sabiduría del taita. En ella nada es estrepitoso. Todo se expande y vuelve a su origen espacial en un elocuente silencio revestido de magia. En su interpretación de Yemayá aparece esta corriente tan rica de nuestro ser. Es un vaso comunicante de nuestra realidad más profundamente genuina, un hilo de añil convertido en serpiente sobre el escenario.

"La tierra, la cosa está en la tierra", dice un refrán yoruba. Y en la danza de Nieves este refrán cobra una resonancia absolutamente convincente.

Halada por nuestras raíces, raíz ella misma, su gesto ha alcanzado su supremo relieve internacional cuando en Europa o en América esta mujercita tensa de ébano rizado bailó para los públicos fríos y los conmovió como lo hiciera la Amaya con su flamenco del Sacromonte.

Dejará esta bailarina cubana la memoria del girasol, la imantación de la piedra otá, el acto de la creación en sus faldas espumeantes. Las generaciones futuras, crecidas en su ejemplo, no van a olvidar lo que ha quedado en el aire con gracia de potro encabritado y en la tierra con savia de planta curativa. La veré siempre danzar, subyugada, seducida de su propia verdad, con movimientos fuertes y sensuales, signos de su serena gracia de miles de años. La veré siempre llegar a los ensayos temprana y presurosa. Callada. La veré siempre mirar con rubor lo mal hecho, el giro torpe, desaliñado. La veré siempre olvidada de sí misma, entregada a la lección, al noble oficio de repartir piedrecitas moradas.

Portadora de un ángel tridimensional, el de la Danza, la Música y el Canto, la veré siempre irrumpir en los trillos enrevesados, alumbrada por la luz de su raza. Resultado de otros que han sido, la bailarina que es, la mujer que es Nieves Fresneda puede gritar: el folklore soy yo.

Pág. anterior: Nieves Fresneda interpretando a "Yemayá" en el Ciclo Yoruba del Conjunto Folklórico Nacional. (Fotos: Macías).